

DISCULPA

Por Enrique Azcoaga

Después de abandonar nuestra parla cotidiana; de sentir el desgarrón que se produce en el ser, cuando se deja al amigo; de tornar el epistolario que me ha acompañado durante toda la tarde a la disciplina silenciosa de la estantería, y de disponerme a conseguir algo más que lo que alcancé ayer para merecer el descanso, la confianza y la promesa de mi destino, yo bien hubiera querido logarte una página para la nueva revista, pero he pasado por una pequeña ventana, donde a diario se resumen las tardes a su antojo, y me encuentro con que el Otoño es ya un hecho, y con que sobre las cosas olvidadas—paisaje de azotea, alambres, macetas, menguada intimidad de tenderetes y viento dignificador en libertad envidiable—, vive tranquila la tristeza. No soy amigo de la misma, como tú muy bien sabes, pero temo entre otras cosas que mi prevención, tenga mucho de cobardía. Aquí está el mundo excitándose con su madurez conseguida—yo ya acodado y disminuído ante lo que contemplo—, en el disfrute sin embargo de su fracaso colosal. Sobre el resto, sobre el desconchado, sobre el cielo, o sobre el muro, la tristeza rendida, y ese sentimiento del fracaso que escolta por lo regular desde la acción hasta el fruto, nutren cierto bienestar desencantado, única dignidad de la tarde. Y aquí estoy yo, frente a un mundo maduro de racimos que consigue en otoño disfrutar la tristeza, recordando que me duele en el fracaso hasta la ventura y la dicha, y que por consiguiente, soy incapaz de atardecer tranquilo como la vida, cuando de lo que se trata es de estar triste y vivir.

En Otoño, consigue el mundo un derecho de sosiego, con el fin de que

yo por el mismo, advierta lo que hay que caminar para alcanzarlo. Todo está más en paz que de costumbre, amigo, rendido de tanta y tanta ventura conseguida, beneficiado por el sosiego de la vida regalada en racimos, para que desde una ventana se sufra de totalidad. Está muy lejos la jornada, tras la cual, yo pueda sentirme como esta azotea que contemplo sobre un cielo estremecido y lívido. Me queda mucho tiempo todavía, para no sentir con la llegada del Otoño, un tremendo desconsuelo, en el que sin embargo nutre sus raíces mi propia existencia. En realidad, a este fracaso mío—insignificante si lo comparo con el henchido, pleno, robusto de la tarde—, que se hace angustia positiva en tanto aspira, en tanto anhela, en tanto desea liberarse de su cautividad implícita, le consta que no se ha cumplido, que no se ha desencadenado, que no vislumbró aún su libertad. Y por ello, en el Otoño, en esta estación durante la que todo es más libre, más sosegado, más satisfecho inclusive de su propia tristeza, advierto no sólo la limitación de mi alegría, sino la falta de contraste que aún no me ha llevado como al tiempo, a remansar la tristeza con tranquilidad y ponderación.

«La primera muestra de plenitud humana la tenemos, cuando la alegría no nos desorbita, y en vez de sacarnos de quicio, nos colma», pienso. «La muestra de plenitud humana que nos contrasta, que nos prueba, que nos acredita, se consigue, cuando somos capaces de contentarnos con nuestra tristeza, de remansarla humildemente, y de sacar fuerzas futuras de la flaqueza presente, como agua nacida de manantial». Me pasma esta tarde, amigo; la rendida tristeza sosegada

de todo lo que me rodea. Pero al excitarme vivamente con el rescoldo del mundo en una ventana, rescoldo que no se sabe final de fuego o principio de ventura, aliento con la triste seguridad de la tarde, valorando la tristeza personal que por compararse a la fatiga dignificadora, no tiene temor de su propia esencialidad.

El mundo en Otoño, no teme a su tristeza, y pudiera decirse, que la goza. Mi vida frente a su espectáculo, solo quiere depurar esta tarde su posibili-

dad y su esencia, para llegar a rendirme con la fatiga y merecer, sin solivianto, la tristeza natural. Hay algo en la aceptación de la tristeza, que no consuela y enaltece. Y este merecerse el Otoño, este sentirse compensado por la fatiga, no es cosa que me pertenezca aún. Ni de la que yo pueda disfrutar por mucho que la admire y la sienta, en esta tarde larga, larga, larga.

Yo bien hubiera querido logarte una página para la nueva revista. Pero el Otoño.....

LLAMAS DE CAPUCHINA

Llevaban a remolque aquél cochecito. Era como si lo hicieran ir a la escuela contra su voluntad.

El secante es como ese amigo consolador oficioso que seca la huella de nuestro dolor y parece que la deja más firme e imborrable.

Aquellos renglones de alambre estaban escritos de golondrinas.

Alguien ha dicho que es prueba de mal gusto engalanarse los domingos, así, mi calendario no es un elegante.

El lucido se abombaba de tal modo que la pared parecía preñada de cas-cotes.

La incertidumbre es la carcoma de los nervios.

La tristeza es la cobardía del espíritu.

No hay nada más lícito que el amor y sin embargo los enamorados se ocultan siempre que pueden.

El cielo es como esas mujeres que visten sus mejores joyas de noche.

La piedra que cae en un lago produce en el agua la representación gráfica del olvido.

El humo es el S. O. S. de lo que se quema.

Aquella bota sin cordones, sacaba la lengua de cansancio.

JOSÉ CANAL.